

CUADERNOS DE HISTORIA 15

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1995



HOMBRES FUERTES Y LIDERAZGO EN LAS SOCIEDADES SEGMENTARIAS: UN ESTUDIO DE CASOS *

Oswaldo Silva Galdames
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

INTRODUCCION

Las llamadas "sociedades tribales" están conformadas por grupos residenciales de parentesco. El linaje ejerce dominio sobre un territorio habitado por familias que tienen un antepasado común elevado a la categoría de ancestro protector. La distinción entre estos espíritus tutelares convierten a los grupos familiares en entidades autónomas y, muchas veces, antagónicas. Tal fue el caso de los mapuche (Silva, 1994) quienes, a pesar de su comunidad de lenguaje y costumbres, nunca conformaron una sola entidad social que los impeliera a actuar mancomunadamente. Tal hecho derivaba de la ausencia de un Jeraarca que uniese a las diversas unidades familiares bajo una misma autoridad política y económica, razón por la cual actuaban como grupos corporados que reconocían como jefe al más anciano. El líder era una persona que tenía influencia, no poder, utilizándola para ejercer un rol de consejero más que de caudillo. (Service, 1962; Sahlins, 1968). En tiempos de paz era el guía que presidía ritos y fiestas sociales, trataba de solucionar las disputas entre parientes consanguíneos y orientaba las actividades del conglomerado

* Este trabajo forma parte del proyecto Fondecyt N° 1940487.

familiar. Los mapuche lo denominaban *lonko* y su presencia era advertida por disponer de más esposas, adquiridas a través de alianzas matrimoniales que expresaban el reconocimiento del papel desempeñado al interior de la stirpe; el tamaño de su morada y la ubicación de ésta en las cercanías de un espacio que servía de marco para los festejos sagrados y profanos.

En tiempos de guerra, por el contrario, asumía el mando un jefe militar, el *toqui*, quien detenta el poder sólo mientras duraba el conflicto, reconociendo su autoridad tanto los miembros del linaje paterno como los de aquellos que, por razones de debilidad demográfica masculina, buscaban el amparo de una unión que les asegure el triunfo, su supervivencia y la integridad del territorio ancestral. La victoria, además, les daba la posibilidad de participar en el botín, esencialmente mujeres, y el honor de quedar en los anales orales como guerreros exitosos.

Etnográficamente se ha comprobado la existencia de otro tipo de liderazgo en sociedades de Nueva Guinea y Melanesia. Es el *big man* u “hombre fuerte” quien usa

sus relaciones de parentesco y alianzas matrimoniales para conseguir su posición e influencia, pero depende de su laboriosidad, de sus arrestos y de su habilidad para el intercambio el que consiga seguidores en su propia comunidad y socios estratégicos en otras comunidades. Puede ser también que estos “hombres fuertes” -especie de líderes locales...- lleguen a ocupar posiciones sociales cruciales en algunos sistemas de relaciones sociales... Si un hombre consigue hacer esto, probablemente tiene posibilidad de manejar mucha gente para conseguir su propio prestigio local y hasta para ejercer un poco de autoridad, al mismo tiempo que puede establecer lazos externos importantes con otros hombres de influencia en otras comunidades (Gluckman, 1964:147).

Dentro de los segmentos mapuche, según fueron percibidos por los tempranos informantes hispanos, aparece claramente la presencia del respetado cabeza de linaje. Tanto las cartas de Pedro de Valdivia, las crónicas de Bibar y Góngora de Marmolejo como los documentos relacionados con los repartimientos de encomiendas y los primeros juicios de tierras mencionan la existencia de “caciques” quienes tenían bajo su dependencia a “principales y principalejos con sus sujetos”¹. Apreciaron, a su modo, una jerarquía de autoridades civiles que, coincide con la estructura social del grupo territorial de parentesco, identificando a los jefes del linaje, la familia extendida y la familia

¹ Aunque existen otras fuentes que tocan los temas aquí tratados, las hemos omitido deliberadamente por no ser sus autores contemporáneos a los hechos o tratarse de obras literarias cuyas licencias líricas sólo han contribuido a crear “mitos históricos”.

nuclear, es decir, al más anciano o prestigioso de los ascendientes y a los padres que nunca perdían la autoridad sobre sus hijos, situación, por lo demás, reflejada en los padrones de asentamiento compuestos, esencialmente, por pequeños núcleos residenciales dispersos, pues los hijos casados construían sus *rucas* junto a la o las de su progenitor, dentro del territorio, perfectamente delineado, que les habían legado los ancestros, convertidos en sus espíritus protectores².

En una sociedad tan heterogénea como la mapuche, con una población que, al momento de la invasión europea, superaba el millón de personas distribuidas latitudinalmente por más de 2.000 km., desde la costa hasta la sección precordillerana del macizo andino, las disputas entre los conglomerados familiares por agravios y ofensas cometidas dentro del marco en que se desenvolvía su sistema de creencias animistas, la posibilidad de conflicto siempre estaba latente aunque hubiesen desarrollado mecanismos para atenuarla. La paz no era una realidad permanente en las tormentosas relaciones de corporaciones segmentadas que no poseían una autoridad reconocida por todos. No había quien ejerciera justicia ni poseyera la fuerza para imponerla. En tales circunstancias el linaje se comportaba como un grupo corporado, asumiendo la condición de "persona jurídica" (Service, 1962:124) para castigar, mediante la venganza, un ilícito cometido individualmente pero que se achaca a toda la comunidad (persona jurídica) a la que pertenece el hechor. Así se fueron generando odiosidades, rencillas y rencores nunca olvidados, creando condiciones propicias para la formación de alianzas interlinajes que les permitiera a las agrupaciones más débiles contar con el apoyo de otras más poderosas a fin de satisfacer sus anhelos vindicatorios. Ahí se daban también las circunstancias que permitían el surgimiento de líderes, aglutinando en torno a su *persona natural* varios linajes, reconociéndoseles como autoridad única por sus especiales características de generosidad, elocuencia, fortaleza y poderes mágicos, comparable con los "hombres fuertes" del pacífico occidental.

EL CASO DE MICHIMALONKO

La guerra, paradójicamente, es la vía que en las sociedades segmentadas hace factible la emergencia de una autoridad central. Así hemos tratado de demostrarlo en la persona de Michimalonko (Silva y Farga, 1996) a quien concebimos como un hombre que aprovechó las alianzas matrimoniales para brindar protección a pequeños grupos familiares inmersos en luchas ancestrales, asegurando una relativa paz dentro del valle del río Aconcagua,

² El animismo y su incorporación al territorio como otro elemento propio de la naturaleza es un tema en el que estamos trabajando. Vale la pena adelantar que todo elemento sobrenatural para nosotros, existen y son parte de su entorno físico para los mapuche.

tan necesaria para el buen éxito de una economía basada en la agricultura con irrigación artificial. A consecuencia de ello se transformó en un "hombre fuerte," con atribuciones similares a las de un caudillo militar

cuyo poder descansaba en un bien ganado prestigio personal, basado tanto en la generosidad con que distribuía bienes en festejos y ayudas privadas, como en su elocuencia, atribución de poderes mágicos y proezas guerreras (1996, ms).

La posterior invasión incaica terminó convirtiendo al "toqui" en jefe civil, *señor* de la mitad de arriba del valle del Aconcagua, posición a la que accedió utilizando, en su propio provecho, los mecanismos que el Estado incaico empleaba en sus relaciones con aquellas autoridades locales que aceptaban entregar la fuerza de trabajo de sus "sujetos" a los intereses del imperio. Esta aparente traición a sus congéneres aliados no es más que otra demostración de la habilidad con que se desenvuelven los hombres fuertes para conservar su posición y adaptarse a la realidad política militar imperante. Tan pronto como éstas cambian su conducta varía. Recuperar la autonomía de los territorios ancestrales de su linaje y los de aquellos que le reconocían como líder militar, le llevó a encabezar la tarea de expulsar a los representantes imperiales tan pronto se enteró del debilitamiento del Estado inca debido a la lucha por la sucesión del difunto Huayna Capac. Así fue como Quilicanta, el "Gobernador" cuzqueño debió buscar refugio en el valle del Mapocho, desde donde, al decir de Bibar

le había la guerra a los caciques Michimalongo y Tanjalongo, la cual tenían muy travada cuando el general llegó con los cristianos a esta tierra (1558: 52).

Comandó, aprovechando el apoyo humano y logístico logrado en esta lucha, la resistencia a Pedro de Valdivia y su hueste. Tuvo éxitos, como la destrucción de la naciente ciudad de Santiago, en septiembre de 1541, y fracasos. Un hombre fuerte debe, ante todo, defender la integridad de los linajes que lo apoyan y, siguiendo la nativa costumbre recíproca, se avino a entablar un nuevo tipo de relación con los europeos que, probablemente su mentalidad no alcanzaba a comprender cabalmente. El regalo de una pluma que tenía la virtud de no quemarse a Inés Suárez, que tenía destinada como obsequio al emperador cuzqueño, según relata Pedro Mariño de Lobera, quien asegura haber presenciado el hecho (1580:274-75), es un ejemplo de ello. La esperanza de mantener la paz y su prestigio se esfumaron en la crudeza del trabajo obligatorio impuesto por los conquistadores hispanos. Ella terminaría, también, con Michimalonko buscando recuperar su condición de hombre fuerte aliado a los españoles en la lucha contra los habitantes de Arauco y Concepción, donde capitaneó a los "indios amigos". (Mariño de Lobera, 1580).

Las afinidades logradas por Michimalonko a través de sus esposas y las reciprocidades debidas a su generosidad fueron factores determinantes para alcanzar el carácter de hombre fuerte. En otro suceso, ocurrido espontáneamente, el valor y la magia parecen haber impulsado el reconocimiento de un varón con características de *hombre fuerte*.

EL CASO DE LAUTARO

Bibar, quien escribió su obra quince años después de acaecida la muerte del gobernador Pedro de Valdivia, fue informado del lance por

yanaconas ladinos e yndios que allí se hallaron y escaparon (1558:203).

Góngora y Marmolejo puso fin a su crónica en 1575. Refiere que

El cómo murió y de la manera que dicho tengo, yo me informe de un principal y señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso y servía a Valdivia de guardarropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razón, que estuvo presente a todo, y escapó en habito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dio nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban, los cuales se fueron a Concepción, que estaba de allí nueve leguas, antes que los indios les cerrasen el camino (1575:105).

En cuanto a Mariño de Lobera su relato ha sido totalmente modificado por el padre Bartolomé de Escobar, quien se dio a la tarea de pulir el tosco estilo del soldado cronista y finalizó redactando un texto propio. Por ello advierte que le toca escribir el episodio más lamentable de la saga narrada hasta ese momento:

la desastrosa muerte de uno de los más valerosos capitanes de nuestro siglo y conquistador de todo Chile, cuyo suceso *hace se me caiga las manos de compasión*³ (1580:333)

que la redacción es obra suya lo reafirma más adelante al comentar:

no hubo uno que pudiese dar razón del fin último desta desventura, ni aún la hubiera dado *don Pedro de Lobera de quien saqué lo que escribo*⁴, si no hubiera quedado en el asiento de las minas el día antes entre los demás que allí dejó Valdivia... (1580:336).

³ El destacado es nuestro. Lo enfatizamos pues demuestra que la obra a sido completamente reescrita por el padre Bartolomé de Escobar, a tal punto que él se considera el autor.

⁴ Destacado nuestro, por la misma razón de la nota anterior.

Al tenor de lo anterior Mariño de Lobera se encontraba más cerca del sitio en que se produjo el combate de Tucapel el 25 de diciembre de 1553 y por tanto pudo recibir primero el relato de aquellos indios amigos que lograron salvarse de la debacle; don Alonso, el informante de Góngora Marmolejo, parece más creíble puesto que “hablaba español y era de buen entendimiento” mientras que Bibar se enteró por intermedio de “yanaconas ladinos”, quienes si bien parlaban el idioma castellano no lo dominaban por completo. Este aspecto es relevante al momento de decidir qué historia podría estar más cerca de la realidad en vista de las contradicciones presentes entre los tres contemporáneos al hecho. Nos inclinamos por Góngora Marmolejo. Según él, cuando Pedro de Valdivia marchó a la cita que tenía concertada con Juan Gómez en Tucapel

los indios, como tuvieron plática de su venida se juntaron grandísimo número de ellos como a cosa que tanto les iba, y hechos grandes escuadrones fueron sobre el fuerte de Tucapel y lo quemaron. Estando todos juntos tratando qué orden tendrían para pelear con Valdivia, se levantó de entre ellos un yanacona llamado Alonso, que había sido criado de Valdivia y le había servido de mozo de caballos, y les dijo le escuchasen, que les quería hablar y decir cosas que les convenía (Góngora Marmolejo, 1575:102)

y en voz alta les señaló que tanto españoles como sus caballos eran mortales: que éstos se cansaban más cuando hacía calor y que debían convencerse que triunfarían si los enfrentaban.

Los indios principales, que son entre ellos los señores, le dijeron que en todo guardarían cualquier preceto de guerra que les diese (Góngora Marmolejo, 1575:103).

Alonso les aconsejó organizarse en escuadrones y esperar a Valdivia escondidos en una loma cercana al fuerte de Tucapel; cuando pasase por allí le saldría al encuentro un escuadrón y si éste fuese vencido

se echase a las laderas, que era en donde los caballos no podían ser bien manejados, y saliese luego otro escuadrón a pelear y tras de aquél otro: que Valdivia no pensasen que era más de un hombre como los demás, y aunque quisiese pasar adelante no lo osarían hacer sin desbaratarlos primero, de temor que perderían la ropa que llevaban que era para los cristianos grande afrenta: y demás de lo dicho se había de poner un otro escuadrón junto al río por donde habían de pasar, que también los tendría suspensos viendo tanta gente delante: y que estando los caballos muy sudados, de que él tenía plática, arremeterían cerrados en su escuadrón con los cristianos, el cual tiempo y aviso él lo daría en voz alta que lo entendiesen todos (Góngora Marmolejo, 1575:103);

para tener éxito debían convocar a la totalidad de los indios comarcanos a fin de ubicarse en los sitios más estratégicos por los cuales podría cruzar Valdivia una vez derrotado,

dándoles por aviso que en viendo un humo que en tal parte se haría, entenderían por él que estaban peleando (Góngora Marmolejo, 1575:103).

Valdivia, entretanto, avanzaba hacia Tucapel sin muchas precauciones, precediéndole cuatro exploradores que fueron sorprendidos por los nativos. A uno de ellos le cortaron el brazo y “con su manga de jubón y camisa” lo tiraron al paso de la hueste. Ante este hecho

un yanacona que había criado (Valdivia) y era ya hombre, llamado Agustínillo, le dijo muchas veces que se volviese y mirase que llevaba poca gente, porque este yanacona entendía la lengua de aquellos indios mejor que otro alguno... Mas Valdivia, como era hombre de grande ánimo, lo despreció todo (Góngora Marmolejo, 1575:103).

Cuando el gobernador arribó al fuerte de Tucapel, éste ya había sido incendiado.

Dende a poco llegó donde los indios estaban encubiertos con unos pajonales grandes, porque no los viesan hasta llegar a ellos. Allí se le mostraron todos con grandísimo alarido y sonido de muchas cornetas, puestos los escuadrones a manera de batalla. Valdivia recogió a su gente en un altillo parando en él el bagaje: repartió los soldados en tres cuadrillas, y mandó a la una que rompiese con los indios, los cuales, cerrados, con sus caballos puestos en ala, rompieron y anduvieron peleando, hiriendo y matando indios (Góngora Marmolejo, 1575:103-104);

los demás escuadrones estaban al acecho y salían a relevar a los que se cansaban. Valdivia, tras el largo combatir,

Viendo que le iba peor, acordó retirarse dejándoles el bagaje en las manos: entendiendo que por respeto de roballos, ocupados cada uno por su parte, se podría él salvar sin que le siguiesen los enemigos (Góngora Marmolejo, 1575:104).

Pero los nativos no cayeron en la trampa e hicieron huir a los españoles hacia Arauco cuya ruta estaba cercada por guerreros que iban derribando, a lanzazos, a los jinetes de las sudorosas cabalgaduras. El caballo del gobernador y su acompañante el padre Pozo

se empantanó en una ciénaga y su cuerpo derribado a lanzadas y golpes de macana. Teniéndole en su poder lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos... (llevándolo) algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él hasta un bebedero, donde llegados con él se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su orden entre los señores, y al yanacona Alonso, que después se llamó Lautaro, y salió en ser belicoso más que indio, porque les dio la orden de pelear, le dieron la parte que él quiso tomar (Góngora Marmolejo, 1575:104);

en ese momento le trajeron a otro de sus criados, Agustinillo, quien actuó como “lenguaraz” para transmitir las promesas que hacía el gobernador de sacar a los cristianos del reino, despoblar las ciudades y darles dos mil ovejas si lo dejaban con vida.

Los indios para dale a entender que no querían concierto alguno, le hicieron al yanacona pedazos delante de él. Viendo el padre Pozo que no aprovechaban amonestaciones con aquellos bárbaros, hizo de dos pajas que por de sí halló una cruz, y persuadiéndole a bien morir, diciéndole muchas cosas de buen cristiano, pidiendo a Dios misericordia de sus culpas. Mientras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman *pello* en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca;⁵ teniendo espadas, dagas y cuchillos con que podello hacer, no quisieron por darle mayor martirio, y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios lo mataron a él y al capellán, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demás de los cristianos, que no se les escapó ninguno (Góngora Marmolejo, 1575:105).

Bibar coincide en la razón del viaje de Valdivia a Tucapel, pero habla de una avanzada de cinco soldados al mando de su caballerizo Luis de Bobadilla que le precedió (1558:201), quienes fueron sorprendidos a la vista del fuerte. Los nativos dieron muerte a cinco de ellos cuyas cabezas colgaron a orillas de la ruta por donde transitaría el gobernador (Bibar, 1558:202). Recordemos que para Góngora Marmolejo fueron cuatro los enviados hacia Tucapel y que sólo uno fue muerto y su brazo tirado al camino. Bibar continúa el relato diciendo que la pequeña mesnada

llegó a una loma no muy alta, la cual está a vista de la casa de

⁵ La crueldad es una conducta adoptada generalmente por las “sociedades tribales” en contra de quienes intentan conquistar sus territorios.

Tocapel, de quebradas y malos pasos y arboles, y a la abajada de esta loma corre un pequeño río. Llegado el *governador* a la mitad d' esta loma (qu' es más de una legua), y viendo los *yndios* que ya tenían a los españoles en parte donde ellos se podían muy bien aprovechar de los españoles, mejor que los españoles d' ellos, salieron de donde estaban ocultos, y encomenzaron a tocar sus trompetas -que es una manera de cornetas hechas de gueso- y a mostrarse (mostrarse) por todas partes (Bibar, 1558:202).

Nada hay en el relato sobre la presencia de Alonso, conocido más tarde como Lautaro, en los preparativos para el encuentro que menciona Góngora Marmolejo, aunque sí se presenta una mejor descripción del paisaje. Concuera en que el calor agotaba a los caballos y a sus jinetes, que los nativos se relevaban entre ellos para entrar con más fuerzas al combate. Sin embargo, en un determinado momento,

viendo un mal yndio que se dezia Lautaro, que servía al *governador*, que los yndios se afloxavan, se pasó a ellos, diziendoles que se animasen y que bolviesen sobre los españoles, porque andaban cansados, y los cavallos no se podian menear. Acaudilló los yndios, y tomando una pica escomenzo a caminar hazia los españoles, y los yndios a seguirle. (Bibar, 1558:202).

Al caer el sol Pedro de Valdivia ordenó la retirada hacia el fuerte de Arauco. Le siguieron siete malheridos compañeros, quienes cayeron en el camino. El gobernador fue apresado en

un pueblo que se dize Pelmayquen... Y con un yanacóna que allí se halló habló a los *yndios*, y les dezia que no le matasen, que bastaba el daño que avian hecho a sus españoles. Y ansy los *yndios* estaban de diversos pareceres, que unos dezian que lo matasen, y otros que le diesen la vida y, como es gente de tan rruyn entendimiento, no conociendo ni entendiendo lo que hazian. Y a esta sazón llegó un mal yndio que se decia Teopolican, que era señor de la parte de aquel pueblo, y dixo a los yndios que qué hazian con el apo, que porqué no lo mataban que: "Muerto ese que manda a los españoles, facilmente mataremos a los que quedan". Y dióle con una lanza... y lo mató... Y llevaron la cabeza a Tucapel, e la pusieron en la puerta de un señor principal en un palo, y otras dos cabezas con ella (Bibar, 1558:203).

Bibar resalta la figura de Caupolicán por sobre la de Lautaro a quien considera un traidor. Sin embargo le reconoce el papel de caudillo que empujó a los mapuche hacia la victoria del mismo modo que lo consigna Góngora Marmolejo. Los datos de éste se enriquecen con el nombre del padre Pozo y

el lenguaraz Agustinillo cuyas cabezas podrían avalar la afirmación de que se colocaron tres testas sobre los postes frente a la ruca del principal, probablemente jefe de la familia extendida, de Tucapel, debida a Bibar.

Escobar rescata, a través del original de Mariño de Lobera, la presencia de

un indio llamado Agustín, de mucha razón y experiencia, que servía a Valdivia desde el Perú, y le amaba tiernamente (Mariño de Lobera, 1580:334)

¿Sería éste un eficaz lenguaraz si era de origen cuzqueño? Acaso por tal motivo le descuartizaron rápidamente según apunta Góngora Marmolejo.

Escobar describe la batalla de Tucapel en términos de un enfrentamiento entre dos ejércitos con una enorme desproporción numérica entre ellos. Los indios, agrega, poseían un espíritu pernicioso que les impedía dar la paz. En Tucapel

se revistió este espíritu en un indio llamado Lautaro, que era caballero de Valdivia y actualmente le tenía los caballos que remudaba; éste ha sido la total destrucción de Chile; éste la causa de tantas mortandades que deben de pasar de dos millones... éste el que viendo el suceso de la batalla en tal punto, se pasó a la banda de los indios, sus coterráneos, y dando una voz, les dijo de esta manera: "¿Que cobardía es ésta, valerosos araucanos? ¿Qué infamia de nuestra tierra? ¿Qué oprobio de nuestra nación?... Ya veis que hasta ahora he estado de parte de los españoles y no pensaba mudar propósito si viera que iban vencidos, aunque muriera yo entre ellos, o ya que vencieran fuera a otros tantos como ellos o poco más, o a lo menos no tantos como vosotros; pero que una infinidad de araucanos se rindan a unos hombres tan desmayados y pocos en número, ésta es como una afrenta, y aún más que ignominia del hombre araucano, y que redunde en mí, que soy uno de los deste apellido; por lo cual, si vosotros queréis admitir mi consejo, yo os lo daré presto en las manos, y si no, aquí están las mías, que bastan para quien ya no puede tenerse en pie; y si Caupolicán no quisiera resolver con el ánimo que la misma cosa nos está poniendo, aquí está Lautaro" (Mariño de Lobera 1580:335).

Tras la arenga, cogió una larga lanza, corriendo contra los hispanos,

trayendo por secuaces las gruesas catervas que habían retrocedido (Ibid.)

Pedro de Valdivia con cinco o seis sobrevivientes, volvió grupas hacia Arauco; en el camino se le unió el padre Pozo y el yanacona Agustín. A estos

dos capturaron los mapuche junto al gobernador; los otros encontraban la muerte ensartados por las lanzas enemigas. El sacerdote fue ajusticiado mientras Valdivia y su intérprete eran

los dos en volantillos, llevados delante de Caupolicán y Lautaro (Ibid.)

Agrega que con el tiempo se han dado dos versiones acerca de la muerte del Capitán General, pero que le parece más verosímil aquella que posee más sustentadores: Valdivia, a través de Agustín, solicitó a Caupolicán le concediera la vida a cambio de abandonar Arauco con todos sus compañeros. El toqui titubeaba su decisión

Y viendo esto un cacique llamado Pilmaiquen, a quien él (Valdivia) había hecho vasallo de una criada suya, que era Juana Jiménez, y tenía pasión con su encomendero, y aún contra quien le había hecho súbdito suyo, sin aguardar más envites levantó una gran porra que tenía en las manos y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia haciendole pedazos la cabeza, a cuya imitación el indio Lautaro atravesó la lanza por el cuerpo de Agustín, el intérprete, con quien andaba a malas, como persona que vivía con él dentro de una casa, según es costumbre entre gente de servicio (Ibid.).

Esta última narración contiene más elementos comunes con la de Góngora Marmolejo. Quizás el temprano abandono del "reyno de Chile" que hizo Bibar, le impidió conocer la historia oral conservada por los nativos que presenciaron el hecho y que, al correr de los años, siguiendo los vaivenes de sus propias veleidades internas, terminaron como indios amigos o esclavos de los españoles.

Importa, ahora, desentrañar el papel jugado por Lautaro. En las tres versiones aparece como protagonista importante, aunque no coinciden los roles que le atribuyen. Nos interesa destacar actitudes concomitantes: era sirviente de Valdivia; preparó la estrategia para encarar con éxito el combate neutralizando el ventajoso accionar de los caballos; arengó a quienes, desalentados por la resistencia española, se aprestaban a abandonar la lucha; siendo extraño a los linajes presentes fue reconocido como abanderado por todos, aún cuando allí se hallaban grandes guerreros locales como Caupolicán y Pilmaiquén; estuvo presente en la muerte del Gobernador y se benefició con significativa parte del botín recogido. Esto pudo permitirle hacer muestras de generosidad entre quienes no tuvieron acceso al reparto de bienes pertenecientes a los españoles muertos, ganándose la lealtad de aquellos nativos que veían en él al hombre fuerte, capaz de desprenderse de sus haberes para crear vínculos de reciprocidad. Más substancial aún debió ser la aureola mágica que le rodeaba. Había convivido con los hispanos, tocado sus cuerpos, cuidado a los caballos e impregnado su persona de aquellas *fuerzas ener-*

géticas admiradas en los invasores. En expresiones animistas su persona estaba empapada de los “espíritus españoles”. Era, en términos cabalísticos, un *español* que podía traspasar sus habilidades a todos los que le rodearan. Así la guerra sería distinta. El nativo sentiría en carne propia la ventaja de transformarse, por *encantamiento*, en un guerrero con los mismos atributos de sus enemigos, lo cual, dadas las desventajas numéricas, los llevaría a la victoria total. En la mentalidad nativa Lautaro era más que un aborigen común y corriente; era el hombre fuerte que contagiaba con sus irradiaciones sobrenaturales - la de los europeos - a quienes le siguiesen. De tal modo, independientemente de los vínculos consanguíneos y de las alianzas interlinajes, el joven caballero se alzó como quien traspasaría poderes extrasomáticos que mutarían la relación vencedor-vencido en otra de completa igualdad. Góngora Marmolejo captó esta situación cuando relata que

los indios de Arauco, viendo los buenos sucesos que habían tenido en la guerra, se levantó entre ellos un indio llamado Lautaro, mancebo belicoso. Este ensoberbecido con otros como él, se juntaron número de trescientos indios, e informados de la disposición de la tierra, sabiendo por mensajeros la voluntad que tenían los indios de Santiago para alzarse, tomaron aquel camino con intención de hacer mal a cristianos en todo lo que pudiesen. Caminando cada día se le juntaban más, entendida la demanda que llevaba; y teniendo plática que en el río de Maule sacaban oro algunos cristianos, bien descuidados, llegaron una noche sobre ellos y al amanecer dieron en el asiento que tenían. Levantando una grita como lo suelen hacer, los mineros salieron huyendo; de éstos mataron dos, los demás se escaparon por el monte; los muertos no eran hombres de cuenta. Tomaron algunas mujeres indias de la tierra que tenían de su servicio y toda la herramienta con que sacaban el oro. Con esta presa, el Lautaro, como era ladino en su lengua, hizo una oración a los indios que allí estaban, enviándolos por mensajeros a sus caciques que de su parte *les dijese él había venido a aquella provincia para quitellos del trabajo en que estaban* ⁶: que les rogaba se viniesen a él llamando a sus comarcas, porque tenía deseo de les hablar a todos juntos y tratar en cosas de su libertad (Góngora Marmolejo, 1575:120)

Los mensajeros cumplieron su tarea y pronto

vinieron muchos principales e indios a ver gentes que tan grandes

⁶ Destacado nuestro. La expresión señalada lleva implícita el reconocimiento del accionar personal de Lautaro. No representa a una organización. Es *él*, característica propia de los “big man” polinésicos.

victorias habían tenido de cristianos. Estando todos juntos, el Lautaro *tocó la trompeta que traía de las que en la guerra había ganado*,⁷ después de habella tocado subió en su caballo, y puesto en medio de todos, porque le pudiesen mejor ver y oír, les comenzó a hacer una oración con palabras recias y bravas, poniéndoles por delante la miseria y cativerio (sic) que tenían, y que él, movido de lástima, había salido de su tierra a procurarles libertad; y pues vían cuán oprimidos estaban, tomasen las armas y se juntasen todos, que con la orden que él les daría no dudasen de pelear, porque convenía así para alcanzar su deseo, y que echarían a los cristianos de toda su tierra, pues ellos eran hombres y tenían tan grandes cuerpos como otros indios cualesquiera (Góngora Marmolejo, 1575:121)

Su autoridad como toqui fue reconocida porque unió la magia con la elocuencia. En efecto, al tocar la trompeta y montar a caballo de modo similar a los españoles, demostró encarnar aquellos atributos o fuerzas energéticas, que habían permitido a los invasores dominarlos y esclavizarlos. El discurso, del cual no tenemos noticias confiables, debió ser tan firme y convincente que

Los indios... le dieron por respuesta que en todo lo que les mandase le obedecerían y harían su voluntad (Ibid.)

Tras lo cual escogió un lugar plano y les ordenó levantar una empalizada rodeada de hoyos para que los caballos no pudiesen maniobrar. Quería que los jinetes les atacaran a pie pues el peso de las armas dificultaba sus desplazamientos. Allí fue embestido por una pequeña hueste bajo el mando de Pedro de Villagra. Lautaro

se recogió a su fuerte, y mandó que no les estorbasen el caminar, sino que los dejasen llegar a donde él estaba, y que cuando tocase la trompeta salieren a pelear por las partes que les señalaba, y cuando la volviese a tocar, se retirasen (Ibid.)

La estrategia de envolver al enemigo por ambos flancos le dio resultado, pues Villagra debió ordenar el retroceso. Durante la noche Lautaro viendo que sus guerreros eran escasos y comenzaban a mostrar los síntomas del tifus, también abandonó el lugar para regresar a las tierras ancestrales en busca de refuerzos.

Tras algunos éxitos en Concepción y sus alrededores, Lautaro volvió a in-

⁷ El tocar una trompeta española simboliza el mágico apoderamiento del instrumento y sonido con que los hispanos daban sus órdenes en la guerra. Lautaro se ha apoderado de ese espíritu y lo demuestra a sus congéneres para asegurales que él los puede guiar a la victoria porque tiene poderes similares a los de sus enemigos.

tentar, en noviembre de 1556 y enero de 1557 la embestida sobre Santiago. Al amanecer del 29 de abril de 1557 Francisco de Villagra los sorprendió en las serranías de Caune, al norte del río Mataquito,

bien descuidado y durmiendo, porque fue tanto la presteza que llevaron caminando, que el Lautaro no pudo tener aviso. Luego se aparearon cincuenta soldados con los indios que llevaban por amigos y dieron en ellos... El Lautaro quiso salir de una choza pequeña donde estaba durmiendo, y fue su suerte que un soldado, hallandose cerca sin lo conocer, le atravesó el espada por el cuerpo. Los indios, viéndose sin capitán ni trompeta que los acaudillase, pelearon tan valientemente sin quererse rendir... (Góngora Marmolejo, 1575:123),

hasta que la cruda realidad les hizo ver que habían perdido a su líder y con él las fuerzas mágicas que tantas victorias les proporcionara sobre los invasores.

LA INSTITUCIONALIZACION DEL PODER: EL CASO DE LA ELECCION DE UN TOQUI GENERAL

El liderazgo espontáneo de Lautaro no pudo ser comprendido por los testigos españoles. Bibar indica que después del triunfo los linajes de Arauco, Tucapel y Purén se reunieron en el mismo sitio del combate, donde, recordemos, se exhibían las cabezas del difunto gobernador y, probablemente, las de los otros compañeros, allí.

Acordaron nombrar un señor a quien obedeciesen y les mandase en las cosa de la guerra (1558:205)

Varios lonkos se disputaron dicho cargo, entre ellos Colocolo, Paylagua, Paycaví, Ilacura, Tucapel, Caupolicán, Ayllacura y Millarapue. Este, por ser **muy anciano**, no tenía ánimos para encabezar la confederación guerrera regional y decidido a terminar con las contiendas

mandó traer un trozo de palo grande y pesado, que bien tenía un yndio que levantarlo del suelo. E dixoles que allí quería el ver las fuerzas de cada uno e no en los desafíos, y que el que mas tiempo aquel trozo en los hombros truxese fuese general y de todos obedecidos (Bibar, 1558:206)

La competencia fue ganada por

Teopolican, yndio dispuesto, membrudo e robusto e tuerto del ojo

izquierdo y truxo el trozo dos días y una noche. Y visto por todos fueron espantados y maravillados de ver las fuerzas de Teopolican, y con la ligereza que traya aquel trozo tan pesado. Fue luego recibido por todos los señores yndios de toda la tierra. Hizo sus capitanes. Hizo a Lautaro - el que tengo dicho que se pasó quando mataron al gobernador - su *general*, y le dio tres mill yndios e no poco belicosos (Bibar, 1558:206).

El testimonio anterior, a nuestro entender, obedece a la lógica europea. Un "capitán" no llegaba a serlo si no era nombrado por un general y éste debía serlo por el general en jefe. Las atestigüaciones de Góngora Marmolejo y de Mariño de Lobera indican, por el contrario, que Lautaro asumió naturalmente su condición de hombre fuerte; incluso la pluma de Escobar lo muestra desafiando con soberbia altanería al propio Caupolicán. ¿Hubiere podido hacerlo sin contar con el ascendiente de su mágico carisma?

La elección de Caupolicán ha sido tratado por Leonardo León en un reciente trabajo (1995), por lo que nos excusamos de ahondar en ella. Aunque no compartimos algunas de sus aseveraciones, especialmente por el uso de fuentes, como Ercilla y Zúñiga, sin someterlas a un juicio crítico, considerando que el vate no estaba presente en el "reino" cuando fue ungido como *toqui general*, creemos que su valioso análisis esclarece un hecho evidente: ya en la segunda mitad del siglo XVI, no había espacio para el accionar de hombres que buscasen labrarse un prestigio empleando los tradicionales mecanismos de las sociedades segmentadas. La guerra de resistencia al español creó nuevas condiciones dentro de los linajes mapuche, empujándolos a institucionalizar liderazgos y alianzas, aunque estas no fuesen siempre perdurables; a crear "solidaridades orgánicas", según las definiera Durkheim (1893), que, sin duda, alteraron sus estructuras ancestrales.

Las características de la guerra también tomarían otras dimensiones. El descuartizamiento, la cabeza trofeo, canibalismo, tortura de los prisioneros, masacres en los enclaves enemigos, etc., surgieron como formas de "guerra psicológica" tendiente a aterrorizar al enemigo a fin de alejarlos de sus tierras o, al menos, impedirles que continuasen ocupando ciertas zonas estratégicas y, por sobre todo, prevenirlos contra futuras expansiones de la conquista. La readaptación bélica culminaría a fines del siglo XVI con la implantación de una frontera en el río Biobío que, en la mentalidad mapuche, significaba preservar los territorios al sur de dicho cauce y asegurarse que los foráneos no intentarían extender sus conquistas hacia una región tan importante para el desarrollo de las actividades económicas agropecuarias nativas.

BIBLIOGRAFIA

- Bibar, Gerónimo de: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Coloquium Verlag. Berlín, 1979.
1558
- Durkheim, Emilio: *De la división del trabajo social*. Editorial Shapire. Buenos Aires, 1967.
1893
- Góngora Marmolejo, Alonso de: *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.
1575
- Gluckman, Max: *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal*. Akal Editor. Madrid, 1978.
1964
- León, Leonardo: "Mapu, toquis y weichafes durante la primera guerra de Arauco: 1545-1554". *Revista de Ciencias Sociales*, N°40: 277-344. Universidad de Valparaíso.
- Mariño de Lobera, Pedro: *Crónica del Reino de Chile*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.
1580
- Sahlins, Marshall: *Tribesman*. Prentice Hall. Englewood Cliffs, New Jersey.
1968
- Service, Elman: *Primitive Social Organization*. Random House. New York.
1962
- Silva Galdames, Osvaldo: "Hacia una redefinición de la sociedad mapuche". *Cuadernos de Historia*, N° 14: 7-20. Santiago.
1994
- Silva Galdames, Osvaldo y
Cristina Farga: "El surgimiento de hombres poderosos en las sociedades segmentadas de la frontera inca: el caso de Michimalonko". *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Lima, Perú (en prensa).
1996